

IAN McEWAN

---

*Cáscara de nuez*



Trudy mantiene una relación adúltera con Claude, hermano de su marido John. Este, poeta y editor de poesía, es un soñador depresivo con tendencia a la obesidad cuyo matrimonio se está desintegrando. Claude es más pragmático y trabaja en negocios inmobiliarios. La pareja de amantes concibe un plan: asesinar a John envenenándolo. El motivo: una mansión georgiana valorada en unos ocho millones de libras que, si John muere, heredará Trudy. Pero resulta que hay un testigo de esta maquinación criminal: el feto que Trudy lleva en sus entrañas.

Y en una pirueta de triple salto mortal que parece imposible de sostener pero le sale redonda, McEwan convierte al feto, al que todavía no han puesto nombre porque no ha nacido, en el narrador de la novela, desde la primera página hasta la última. Lo que sigue es una mezcla genial de comedia negra, trama detectivesca y astuta reescritura intrauterina de un gran clásico, por cuyas páginas asoman también una joven poetisa amante de John y una bregada inspectora de policía.

Pero además de observar desde primera fila los preparativos del asesinato de su padre a manos de su madre, el feto filosofa sobre el mundo y la vida, lanza preguntas incómodas y se lo cuestiona todo, mientras las copas de vino, y alguna bebida de más graduación, que bebe su madre tienen efectos mareantes sobre él.

*Para Rosie y Sophie*

Oh, Dios, podría estar encerrado en la cáscara de una nuez y sentirme rey del infinito espacio..., de no ser porque tengo malos sueños.

SHAKESPEARE, *Hamlet*

## 1

Así que aquí estoy, cabeza abajo dentro de una mujer. aguardo con los brazos pacientemente cruzados, aguardo y me pregunto dentro de quién estoy, qué hago aquí. Los ojos se me cierran con nostalgia cuando recuerdo que iba a la deriva en mi bolsa corporal translúcida, flotaba en sueños dentro de la burbuja de mis pensamientos a través de mi océano particular de volteretas a cámara lenta, chocando suavemente contra los límites transparentes de mi encierro, la membrana acogedora que vibraba, mientras las amortiguaba, con las voces de unos conspiradores de una ruin empresa. Esto fue en mi juventud despreocupada. Ahora, totalmente invertido, sin un milímetro de espacio para moverme, con las rodillas apretadas contra el vientre, mis pensamientos, al igual que mi cabeza, están muy ocupados. No me queda otro remedio que tener la oreja pegada día y noche contra las sanguinolentas paredes. Escucho, tomo notas mentalmente y estoy preocupado. Oigo conversaciones íntimas sobre un designio mortífero y me aterra lo que me espera, lo que podría arrastrarme.

Estoy inmerso en abstracciones, y solo las relaciones que proliferan entre ellas crean la ilusión de un mundo conocido. Cuando oigo «azul», cosa que nunca he visto, imagino una especie de suceso mental que se acerca mucho a «verde», cosa que tampoco he visto nunca. Me considero inocente, exonerado de lealtades y obligaciones, un espíritu libre, a pesar de mi exiguo habitáculo. No hay nadie que me contradiga ni me reprenda, no hay nombre o dirección anterior, no hay religión ni deudas ni enemigos. En mi

agenda, si existiera, solo figura mi próximo nacimiento. Soy, o era, a pesar de lo que dicen ahora los genetistas, una pizarra en blanco. Pero una pizarra porosa, escurridiza, que no serviría para un aula ni para el tejado de una casa de campo, una pizarra que se escribe a sí misma a medida que crece cada día y se va llenando. Me considero inocente, pero al parecer formo parte de una intriga. Mi madre, bendito sea su corazón incesante que chapotea ruidoso, parece estar implicada.

¿Parece, madre? No, está. Estás. Estás implicada. Lo he sabido desde mi principio. Déjame evocar aquel momento de creación que llegó con mi primer concepto. Hace mucho, muchas semanas, mi surco neural se cerró para convertirse en mi médula espinal y muchos millones de neuronas jóvenes, trabajadoras como gusanos de seda, hilaron y tejieron con la estela de sus axones la espléndida tela dorada de mi primera idea, un concepto tan simple que ahora se me escapa en parte. ¿Aquello era yo? Demasiado vanidoso. ¿Aquello era *ahora*? Excesivamente dramático. ¿Entonces era algo que precedía a ambas cosas y las contenía, una sola palabra forjada por medio de un suspiro o un desmayo mental de aceptación, de puro ser, algo como... esto? Demasiado preciosista. Así que, acercándome más, mi idea era *Ser*. O si no, su variante gramatical, *es*. Este fue mi concepto primigenio y ahí está la cuestión crucial: *es*. Nada más. En el sentido de *Es muss sein*. El comienzo de la vida consciente era el fin de la ilusión, la ilusión del no-ser y la erupción de la realidad. El triunfo del realismo sobre la magia, del *es* sobre el *parece*. Mi madre está implicada en la intriga y por ende yo también, aunque mi papel pudiera consistir en frustrarla. O en vengarla, si yo, un cretino reacio, llego demasiado tarde.

Pero no me quejo de la buena fortuna. Supe desde el principio, cuando desarrollé de su tela dorada el don de mi conciencia, que podría haber llegado a un lugar peor en un momento mucho peor. Las generalidades ya están cla-

ras, comparadas con ellas mis problemas domésticos son, o deberían ser, nimios. Hay mucho que celebrar. Heredaré unas condiciones de modernidad (higiene, vacaciones, anestesia, lámparas de lectura, naranjas en invierno) y residiré en un rincón privilegiado del planeta: la Europa occidental, bien alimentada, libre de plagas. La antigua Europa, esclerótica, relativamente amable, atormentada por sus fantasmas, vulnerable a los matones, insegura de sí misma, un destino elegido por millones de desventurados. Mi vecindario inmediato no será la próspera Noruega, mi primera elección por sus enormes reservas en divisas y sus generosas prestaciones sociales; no será la segunda, Italia, por su cocina regional y decadencia bendecida por el sol; ni tampoco la tercera, Francia, por su pinot noir y su desacomplejada autoestima. Heredaré, en cambio, un reino no tan unido, gobernado por una apreciada reina anciana, donde un príncipe empresario, famoso por sus buenas obras, sus elixires (esencia de coliflor para purificar la sangre) y sus intromisiones inconstitucionales, aguarda impacientemente su corona. Este será mi hogar, y me conformo. Podría haber nacido en Corea del Norte, donde la sucesión es también incuestionable pero escasean la libertad y la comida.

¿Cómo es posible que yo, que ni siquiera soy joven, que ni siquiera nací ayer, sepa tanto, o lo suficiente para estar equivocado en tantas cosas? Tengo mis fuentes, *escucho*. A mi madre, Trudy, cuando no está con su amigo Claude, le gusta la radio y prefiere oír palabras a música. ¿Quién, en los inicios de internet, habría vaticinado el creciente auge de la radio, o el renacimiento de esa palabra arcaica, «inalámbrico»? Por encima del estruendo de lavandería del estómago y los intestinos, oigo el noticiario, origen de todos los malos sueños. Empujado por una compulsión autodestructiva, escucho atentamente los análisis y discrepo. No me aburren las repeticiones cada hora ni los resúmenes cada media hora. Hasta tolero el BBC World Service y los pueriles estallidos de trompetas sintéticas y xi-

lofón que separan las secciones. En mitad de una noche larga y tranquila quizá le suelte a mi madre una fuerte patada. Se despertará, se desvelará y alargará la mano hacia la radio. Una trastada cruel, lo sé, pero los dos estamos mejor informados a la mañana siguiente.

Y a ella le gustan los podcasts de conferencias y los audiolibros de superación personal: *Conozca su vino* en quince capítulos, biografías de dramaturgos del siglo XVII y diversos clásicos universales. Aunque a mí me emociona, ella se duerme con el *Ulises* de Joyce. Cuando, para aislarse, los primeros días se insertaba los auriculares, yo oía claramente, gracias a la eficiencia con que las ondas sonoras viajan a través de la mandíbula y la clavícula, recorren la estructura del esqueleto materno y atraviesan velozmente el nutritivo líquido amniótico. Hasta la televisión transmite por el sonido la mayor parte de su escasa utilidad. Además, cuando mi madre y Claude se ven, de vez en cuando comentan el estado del mundo, por lo general para quejarse, a pesar de que conspiran para empeorarlo. Alojado donde estoy, sin otra cosa que hacer que desarrollar el cuerpo y la mente, lo absorbo todo, hasta las trivialidades, que son abundantes.

Porque Claude es un hombre que prefiere repetirse. Un hombre de muletillas. Al estrecharle la mano a un desconocido —le he oído dos veces— dice: «Claude, como Debussy». Qué equivocado está. Es Claude como el agente inmobiliario que no compone ni inventa nada. Si le gusta un pensamiento lo dice en voz alta y más tarde lo repite, y, ¿por qué no?, lo dice otra vez. Es un placer para él que este pensamiento vibre en el aire por segunda vez. Sabe que sabes que se está repitiendo. Lo que no sabe es que no lo disfrutas como él. Esto es lo que se conoce como un problema de referencia, lo he aprendido gracias a una conferencia de Reith.

He aquí un ejemplo tanto del discurso de Claude como del modo en que obtengo información. Él y mi madre han



concertado por teléfono (oigo a ambas partes) una cita para esta noche. Sin contar conmigo, como suelen hacer: una cena para dos con velas. ¿Cómo sé lo de las velas? Porque cuando llega la hora y les conducen a sus asientos oigo que mi madre se queja. Hay velas encendidas en todas las mesas menos en la nuestra.

La secuencia siguiente es el irritado jadeo de Claude, un imperioso chasquido de dedos secos, ese murmullo obsesivo que emite, supongo yo, un camarero inclinado hasta la cintura, el raspado de un encendedor. Ya la tienen, su cena con velas. Solo les falta la comida. Pero tienen en el regazo los pesados menús; noto el borde inferior del de Trudy sobre mi región lumbar. Ahora tendré que escuchar de nuevo la cantinela de Claude sobre el lenguaje de las cartas, como si fuera el primero que ha reparado en estas absurdidades sin importancia. Se demora en «frito en sartén». ¿Qué es una *sartén* sino una bendición engañosa del vulgar y malsano *frito*? ¿Dónde más se podrían freír sus vieiras con chile y zumo de lima? ¿En un reloj de arena para cocer huevos? Antes de continuar, repite parte de lo dicho variando el énfasis. Después, su segundo vocablo favorito, «desmigado», importado de América. Estoy repitiendo en silencio, mecánicamente, la exposición de Claude incluso antes de que él la haya enunciado cuando un ligero ladeo en mi orientación vertical me informa de que mi madre se inclina hacia delante para ponerle un dedo de contención en la muñeca y decirle, con dulzura, para desviarle:

—Elige el vino, cariño. Uno espléndido.

Me gusta compartir una copa con mi madre. Puede que nunca hayáis probado, o que lo hayáis olvidado, un buen borgoña (el predilecto de ella) o un buen Sancerre (también su favorito) decantado a través de una placenta sana. Incluso antes de que llegue —esta noche, un Jean-Max Roger Sancerre—, al oír el sonido del descorche lo siento en la cara como la caricia de una brisa estival. Sé que el alcohol disminuirá mi inteligencia. Disminuye la de todo el mundo.

Pero, ah, un pinot noir jubiloso que te pone las mejillas coloradas, o un sauvignon con sabor a grosellas, me hace girar y dar volteretas en mi mar secreto, ensanchando los muros de mi castillo, ese castillo elástico donde habito. O eso sucedía cuando tenía más espacio. Ahora gozo de mis placeres reposadamente, y a la segunda copa florece en mis reflexiones esa licencia que llamamos poesía. Mis pensamientos se despliegan en pentámetros bien hilados, en una variación agradable de versos con pausa métrica. Pero nunca toma una tercera, y eso lo siento.

—Tengo que pensar en mi bebé —la oigo decir mientras tapa la copa con una mano represora. Es cuando se me ocurre extender la mía hacia mi cordón aceitoso, como si fuera la cuerda de terciopelo de una casa de campo bien provista de sirvientes, y tirar de él bruscamente para que acuda alguno. «¡Eh, oiga! ¡Otra ronda aquí para los amigos!».

Pero no, se reprime por amor a mí. Y yo la quiero, ¿cómo no iba a quererla? La madre a la que aún no he visto, a la que solo conozco desde dentro. ¡No es suficiente! Anhele su ser externo. Las superficies lo son todo. Sé que su pelo es «rubio pajizo», que le cae en cascada como «monedas de rizos indomables» hasta los «hombros blancos como pulpa de manzana», porque mi padre le leyó en voz alta este poema suyo en mi presencia. Claude también ha aludido a su pelo con palabras menos ingeniosas. Cuando está de humor, se hace trenzas bien apretadas alrededor de la cabeza, al estilo, dice mi padre, de Yulia Timoshenko. También sé que los ojos de mi madre son verdes, que tiene la nariz como un «botón de nácar», que le gustaría que fuera más grande, que a los dos hombres por separado les encanta cómo es y han intentado tranquilizarla. Le han dicho muchas veces que es hermosa, pero ella se mantiene escéptica al respecto, lo que le confiere un poder inocente sobre los hombres, como le dijo mi padre una tarde en la biblioteca. Ella contestó que si era así, era un poder que

nunca había buscado y que no lo quería. Era una conversación inusual entre ellos y escuché atentamente. Mi padre, que se llama John, dijo que si él tuviera ese influjo sobre ella o sobre las mujeres en general, no se le pasaría por la cabeza desaprovecharlo. Adiviné, por el simpático movimiento ondulatorio que brevemente me despegó la oreja de la pared, que mi madre se encogió de hombros enfáticamente, como diciendo: O sea que los hombres son diferentes. ¿Qué más da? Además, le dijo en voz alta, cualquier poder que presuntamente ella tuviera era solo algo que los hombres le otorgaban en sus fantasías. Entonces sonó el teléfono, mi padre se alejó para contestar y esta insólita e interesante conversación sobre quienes poseen poder no se reanudó nunca.

Pero volvamos a mi madre, mi infiel Trudy, cuyos brazos y pechos de pulpa de manzana y mirada verde anhelo, cuya inexplicable necesidad de Claude es anterior a mi primera conciencia, mi es primigenio, y que le habla a menudo, y él a ella, en susurros de almohada, susurros de restaurante, susurros de cocina, como si ambos sospecharan que los úteros tienen oídos.

Yo pensaba que la discreción de ambos no era más que una intimidad normal de los enamorados. Pero ahora tengo la certeza. Despreocupados, bajan el tono de sus cuerdas vocales porque están planeando un acto atroz. Les he oído decir que si sale mal arruinará sus vidas. Creen que si han de actuar deberían hacerlo rápidamente y pronto. Se recomiendan mutuamente calma y paciencia, se recuerdan uno a otro el coste que supondría el aborto de su plan, que hay varias etapas, que cada una tiene que ensamblarse con la siguiente, que si alguna fracasa todas se vendrán abajo «como las luces anticuadas de un árbol de Navidad»; este símil impenetrable es de Claude, que rara vez dice algo oscuro. Lo que se proponen les asquea y les asusta, y nunca hablan de ello directamente, sino envuelto en susurros y

elipsis, eufemismos, en aporías musitadas entre dientes, seguidas de carraspeos y bruscos cambios de tema.

Una noche calurosa y agitada de la semana pasada, cuando yo creía que hacía mucho que se habían dormido, mi madre dijo de pronto en la oscuridad, dos horas antes del alba según el reloj de abajo, el del estudio de mi padre:

—No podemos hacerlo.

Y al instante Claude dijo, categóricamente:

—Podemos. —Y al cabo de un momento de reflexión—:

*Podemos.*

## 2

Ahora hablemos de mi padre, John Cairncross, un hombre-tón, la otra mitad de mi genoma, cuyo destino, con sus giros helicoidales, me preocupa mucho. Solo en mí mis padres se mezclan para siempre, dulcemente, amargamente, a lo largo de dos columnas vertebrales de azúcar-fosfato, la receta de mi ser esencial. También mezclo a John y Trudy en mis sueños despiertos; como todos los hijos de padres separados, ansío que esta pareja básica vuelva a casarse para así unir mis circunstancias con mi genoma.

Mi padre pasa por casa de vez en cuando, y yo me pongo muy contento. A veces le trae a mi madre *smoothies* de su tienda favorita, en Judd Street. Tiene una debilidad por estos zumos viscosos que supuestamente le alargan la vida. No sé por qué nos viene a ver, porque siempre se marcha entre brumas de tristeza. En el pasado, diversas conjeturas mías se han revelado erróneas, pero he escuchado atentamente y ahora presumo lo siguiente: que él no sabe nada de Claude, que sigue locamente enamorado de mi madre, que confía en volver a su lado pronto, que cree todavía en la historia que ella le ha contado de que la separación les dará «tiempo y espacio para madurar» y renovar sus lazos. Que es un poeta no reconocido que sin embargo no desfallece. Que tiene y dirige una editorial en crisis y que ha publicado las primeras recopilaciones de algunos poetas de éxito, nombres conocidos, y hasta un premio Nobel. Cuando alcanzan prestigio, se van, como los niños cuando crecen, a casas más grandes. Que acepta como un hecho natural la deslealtad de los poetas y al que, como a un santo,

le encantan los aplausos que justifican Cairncross Press. Que se entristece más que se amarga por sus fracasos. Una vez nos leyó en voz alta a Trudy y a mí una reseña negativa de su poesía. Decía que su obra era trasnochada, era formalmente rígida y demasiado «bonita». Pero vive de la poesía, todavía le recita poemas a mi madre, enseña poesía, la reseña, intriga para que triunfen poetas jóvenes, forma parte de jurados de certámenes poéticos, promueve la poesía en las escuelas, escribe artículos para revistas pequeñas, ha hablado de poesía en la radio. Una vez Trudy y yo le oímos de madrugada. Mi padre tiene menos dinero que ella y mucho menos que Claude. Se sabe de memoria mil poemas.

Este es mi acopio de hechos y conjeturas. Encorvado sobre ellos como un filatélico paciente, he añadido a mi colección algunas piezas recientes. Padece una enfermedad de la piel, psoriasis, que hace que tenga las manos escamosas, duras y rojas. Trudy aborrece verlas y tocarlas y le dice que debería usar guantes. Él se niega. Ha alquilado por seis meses un piso de tres míseras habitaciones en Shoreditch, está endeudado y debería hacer más ejercicio para remediar su sobrepeso. Ayer mismo adquirí, siguiendo con los sellos, un Penique Negro: la casa en la que vive mi madre y yo dentro de ella, la casa donde Claude la visita por la noche, es una mole georgiana en el jactancioso Hamilton Terrace y fue el hogar donde mi padre pasó su infancia. Poco antes de cumplir treinta años, cuando se estaba dejando barba por primera vez, y no mucho después de casarse con mi madre, heredó la mansión familiar. Su querida madre había muerto mucho antes. Todas las fuentes concuerdan en que la casa es mugrienta. Solo los tópicos le son aplicables: descascarillada, desmoronada, destartalada. En invierno ha habido veces en que la escarcha ha vidriado y atiesado las cortinas; cuando llueve mucho, los desagües, como los bancos fiables, devuelven los depósitos con intereses; en verano apestan, como los bancos malos. Pero mira, aquí

tengo en las pinzas la pieza más rara de todas, la Guayana británica: incluso en este pésimo estado, estos seis mil pies cuadrados y doloridos valen siete millones de libras.

La mayoría de los hombres, la mayoría de la gente, nunca permitiría que su cónyuge los expulsara del alero que cubrió su infancia. John Cairncross es distinto. He aquí mis razonables deducciones. Nacido bajo una estrella favorable, deseoso de complacer, demasiado amable, demasiado formal, no tiene nada de la callada codicia del poeta ambicioso. Cree de verdad que escribir un poema en loor de mi madre (de sus ojos, su pelo, sus labios), y venir a leerlo en voz alta la ablandará, la inducirá a darle la bienvenida en su propia casa. Pero ella sabe que sus ojos no son en absoluto «como el césped de Galway», con lo cual quería decir «muy verdes», y puesto que ella no tiene sangre irlandesa el verso es anémico. Siempre que ella y yo escuchamos, intuyo en su corazón ralentizado una costra retinal de aburrimiento que no la deja ver el patetismo de la escena: un hombre corpulento, con un gran corazón, que defiende su causa sin esperanza mediante la forma desusada de un soneto.

Mil puede ser una hipérbole. Muchos de los poemas que conoce mi padre son largos, como esas famosas creaciones de empleados de banca, *La incineración de Sam McGee* y *La tierra baldía*. Trudy sigue tolerando alguna que otra recitación. Para ella, un monólogo es mejor que una conversación, es preferible que otro recorrido por el jardín sin desbrozar de su matrimonio. Quizá se lo tolera por sentimiento de culpa, el poco que le queda. Parece ser que en otro tiempo el hecho de que mi padre le leyera poesía era un ritual de su amor mutuo. Es extraño que no se atreva a decirle lo que él sin duda sospecha, lo que ella debe confesar. Que ya no le ama. Que tiene un amante.

Hoy, en la radio, una mujer contaba que una noche había atropellado a un perro, un golden retriever, en una carretera solitaria. Se acuclilló a su lado a la luz de los faros y sostuvo la pezuña del animal moribundo durante los espas-